SAMUEL BECKETT

Selección, traducción y nota de
Pura López Colomé

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

COORDINACIÓN DE DIFUSIÓN CULTURAL
DIRECCIÓN DE LITERATURA
MÉXICO 2008

Índice

Nota introductoria	3
Primer amor	7
De una obra abandonada	26
Imaginación muerta imagínate	35
Cronología literaria	38

Samuel Beckett (1906) nació en Foxrock, cerca de Dublín, en el seno de una familia protestante de clase media. Se puede decir que fue miembro del mundo académico durante los años que precedieron a lo que hasta hoy ha sido su vida literaria: fue a la misma escuela que Oscar Wilde de niño, después de lo cual hizo su carrera y maestría en lenguas modernas en Trinity College; fue profesor en la École Nórmale Supérieure en París y regresó posteriormente a su patria con objeto de terminar sus estudios doctorales alrededor de la filosofía de Descartes y la escuela creada por él. En 1931 abandonó la academia y decidió viajar por Europa (Inglaterra, Francia, Alemania). Finalmente, en 1937 se estableció en París donde radicó hasta su muerte en 1989, y no fue sino hasta 1969 cuando le fue otorgado el Premio Nobel de Literatura. De la obra de Beckett, que abarca poesía, cuento, novela, ensayo y teatro, es este último género el que posiblemente le haya dado mayor reconocimiento y, dentro de su literatura dramática concretamente la obra *Esperando a Godot.* La presente edición incluye su cronología literaria.

Beckett escribió en inglés y en francés. Sus dos primeras novelas —*Murphy* y *Qué*— fueron redactadas en inglés y se desarrollan en un ambiente decididamente inglés. Pero he aquí que poco después comenzaría a asociarse a una forma continental de ver las cosas tanto desde el punto de vista literario como filosófico, para lo cual el francés le resultaba más adecuado; en filosofía, rechaza el racionalismo y la lógica ingleses en favor de la división cartesiana entre cuerpo y alma y, en literatura, se encuentra próximo a Proust, Céline, Sartre, Camus, así como a escritores experimentalistas como Robbe-Grillet y Nathalie Serraute. Aunque la novela *Tropismes* de Serraute había aparecido en 1938, se considera a Beckett el iniciador de ese impulso conocido como "antinovela" o *nouveau román* que va en contra de la novela "aceptada" o tradicional. Las dos primeras muestras de lo anterior son *Molloy* y *Malone meurt* escritas en francés y traducidas al inglés por Beckett al principio de la década de los cincuenta. Así, Beckett establece los principios de este nuevo arte que ataca las formas anteriores de

argumentación, personificación, estructura, estilo, significado, cronología, análisis del pensamiento y de los sentimientos, etcétera, descomponiendo la realidad, haciendo flotar el tiempo. Tal como se evidenció entonces, el resultado fue un tipo de novela que, además, declaró abiertamente que la comunicación directa entre el lector y el novelista era sólo un tabú. En cuanto a la literatura inglesa, sólo muestra cierta afinidad con Joyce, y esto menos por el contenido que por ciertos patrones y técnicas que se repiten en sus obras. A continuación doy un ejemplo de lo anterior.

Uno de los comunes denominadores de la obra narrativa de Beckett es el hacer hincapié en las cosas, en los objetos. Esto, por un lado, tiene la función de reducir la relación entre persona y objeto a los estadios primigenios en cuyo ámbito el problema de la "paz con los elementos" podrá resolverse. Por otro lado, este aspecto tiene la función de aportar firmes raíces al mundo de la realidad, con el fin de ofrecer consuelo frente a la tortuosa corriente que es la conciencia de los protagonistas. Según apunta Frederick R. Karl, "Joyce (por ejemplo) atajó la fuente verbal de Bloom intercalando hábilmente en la narración numerosas referencias a Dublín, de forma que Bloom quedó dotado de sustancia, al mismo tiempo que de espíritu, a través de lo que le rodeaba. Beckett opera de forma parecida. Sin valerse de Dublín como telón de fondo, emplea los puntales corrientes de la vida cotidiana para infundir una dimensión espacial a sus novelas".

Sin embargo, veamos lo que el propio Beckett declaró en una entrevista con Israel Shenker, publicada en el *New York Times* en 1956, al respecto de Joyce:

"Joyce era un magnífico manipulador de material, tal vez el más grande. Hacía que las palabras rindiesen al máximo; no hay una sílaba de más. El tipo de trabajo que yo hago es un trabajo en el que no soy dueño de mi material (...) Joyce tiende a la omnisciencia y la omnipotencia, en tanto artista. Yo trabajo con impotencia, con ignorancia." Efectivamente, nada más alejado de Joyce que Beckett. Entre uno y otro media el abismo que separa el intentar que las palabras lo digan TODO y el mostrar que las palabras no pueden decir NADA, a no ser su imposibilidad de decirlo. Por lo tanto, vemos que las novelas de Beckett son cortas pues intenta demostrar la insuficiencia del lenguaje para expresar la condición humana. Esto indica una

clara vena expresionista, ya que en sus textos todo está subordinado a la imagen central de una criatura totalmente despojada y resentida con un Dios en el que no cree: este destronamiento del hombre como preocupación primordial, dentro de la narrativa representa una de las pocas rupturas auténticas con la técnica tradicional que la novela del siglo XX ha experimentado.

En esta breve selección de tres cuentos de Beckett tomados de *Collected Shorter Prose,* el lector podrá apreciar los elementos que caracterizan, en general, a la obra beckettiana. Primero que nada, el absurdo existencial transformado en un ingenio metafísico que servirá para explorar la existencia adoptando diversas formas. Así, en "Primer amor", los sentimientos del protagonista con respecto a su mujer, a un jacinto, a un apio, son el horror de la vida ante la gran posibilidad de la muerte, su propia "caverna interior" que lo hace estar siempre eludiendo los disparatados contactos que el mundo espera de él. Para Beckett, tal como lo afirma Karl, "al contrario de lo que sucede en Faulkner, el sufrimiento carece de connotaciones heroicas". Ergo, al no tener sentido, el sufrimiento resulta cómico:

> Yo no entendía a las mujeres por entonces. Lo que es más, aún no las entiendo. A los hombres menos. Tampoco a los animales. Lo que mejor entiendo, que no es mucho decir, son mis dolores. Pienso en ellos a diario, no me lleva mucho tiempo, el pensamiento es tan rápido. Sí, hay momentos, particularmente en la tarde, en que me vuelvo todo sincretismo, *à la* Reinhold. ¡Qué equilibrio! Pero aun a mis pensamientos los entiendo mal. Seguro es porque no soy sólo dolor, eso ni hablar. He ahí el problema: A veces se aquietan, o yo, y me llenan de sorpresa y fascinación, se ven como de otro planeta. No muy seguido, pero no puedo pedir más. Ay, ¡qué vida tan de esto y lo otro! Ser sólo dolor, eso sí que facilitaría las cosas. ¡Omnidoliente!...
>
> (de "Primer amor")

Por tanto, sus narraciones niegan la vida y encuentran graciosa esta negación. ¿Cómo? Su recurso más importante es el uso que hace de la lengua, que se burla, injuria, hostiga y exaspera, sin dejar de ser en todas ocasiones la lengua manejada por las manos de un experto. Emplea también la parodia, la comedia grose-

ra, el chiste de efecto retardado, la yuxtaposición de desemejantes, la equiparación de lo familiar con lo no familiar, todo ello encaminado a la creación de una realidad fantástica a la vez que grotescamente real.

En suma, la desesperanza que puede sentirse en estos textos "para nada", llenos de reiteraciones y líneas abstractas, es el aspecto dominante en Beckett que nos dice que lo único que tiene sentido es la supervivencia inmediata; el hombre sigue vivo sólo porque su cuerpo sigue funcionando:

> Qué cosas tan duras son estos helechos gigantes, como almidonados, como de madera, con unos tallos terribles, le arrancan a uno el pellejo de las piernas a través de los pantalones y luego esos hoyos que esconden, rómpete la pierna si no tienes cuidado, qué espantoso lenguaje es éste, cáete y desaparece del mapa, podrías quedarte tirado ahí semanas enteras sin que nadie te escuchara, pensaba en esto muy a menudo allá arriba en la montaña, no, qué tontería, sólo seguí mi camino, el cuerpo hacía todo de su parte sin mí.

de "De una obra abandonada"

PURA LÓPEZ COLOMÉ

Tiendo a asociar mi matrimonio, para bien o para mal, con la muerte de mi padre en el tiempo. Que existan otros nexos, en otros planos, entre estos dos asuntos es muy posible. Como están las cosas, suficiente tengo con tratar de decir lo que creo saber.

No hace mucho fui a visitar la tumba de mi padre, eso sí lo sé, y me percaté de la fecha de su muerte, solamente la de su muerte, ya que la de su nacimiento no me interesaba ese día en particular. Salí en la mañana y regresé al anochecer, habiendo tomado un almuerzo muy ligero en el panteón. Pero unos días más tarde, deseando saber la edad que tenía al morir, tuve que regresar a su tumba para anotar su fecha de nacimiento. Entonces escribí como pude las dos fechas límite en un papel que ahora llevo conmigo. Así pues tengo ahora derecho de afirmar que debo haber tenido unos veinticinco años cuando contraje matrimonio. Mi fecha de nacimiento, repito, la mía, nunca se me olvida, nunca tuve que anotarla, permanece cincelada en mi memoria, el año cuando menos, en números que la vida no borrará fácilmente. Es más, el día regresa a mí cuando me lo propongo, y con frecuencia lo celebro, a mi modo, no digo que cada vez que me viene a la cabeza porque sucede muy a menudo, pero sí frecuentemente.

En lo personal no tengo nada en contra de los panteones, puedo respirar el aire fresco ahí a mis anchas, tal vez con más ganas que en ningún otro lado, cuando de tomar el aire fresco se trata. El olor de los cadáveres, claramente perceptible bajo los del pasto y del humus mezclados, no me resulta desagradable, es demasiado dulce tal vez, un poco impetuoso, pero infinitamente mejor que el que emiten los vivos, sus pies, sus dientes, sus sobacos, sus frentes pegajosas y sus óvulos frustrados. Y cuando los restos de mi padre son parte, aunque humilde, de estos dulces olores, casi podría derramar lágrimas. Los vivos se lavan en vano, en vano se perfuman, apestan. No cabe duda, si de elegir un lugar se trata, digo, si he de salir de todos modos, denme mis panteones y ustedes quédense —sí— con sus parques públicos y bellos panoramas. Un sandwich, un plátano, me saben más dulces cuando me siento en una lápida, y cuando es hora de orinar de nuevo, como suele suceder, lo hago ahí mismo. O

paseo por ahí, con las manos entrelazadas sobre la espalda, entre las losas, inclinado o enderezado, leyendo los epitafios. Estos últimos no me apuran, hay siempre por ahí tres o cuatro de una chocarrería tal, que me veo obligado a sujetarme de una cruz, o de una estela, o de un ángel para no caer. Yo compuse el mío hace ya mucho y todavía me agrada, siquiera eso. Los otros textos que he escrito más tardan en secarse que yo en inquietarme, pero mi epitafio aún merece mi aprobación. Desafortunadamente hay pocas posibilidades de que pudiera esculpirse sobre la calavera que lo concibió, a menos que el Estado se hiciera cargo de ello. Pero para ser desenterrado, primero debo ser hallado, y me temo que esos caballeros se las verían negras para encontrarme vivo o muerto. Así pues, me apresuraré a dar cuenta cabal de su contenido aquí y ahora que aún hay tiempo:

> Aquí yace el interfecto que allá arriba falleció
> Tan puntualmente que hasta hoy sobrevivió.

El segundo y último verso es algo cojo quizás, pero no tiene mayor importancia, se me perdonará eso y mucho más cuando se me haya olvidado. Y luego, con un poco de suerte, uno puede darle en el blanco a un entierro genuino, con dolientes reales y vivos y una extraña viuda haciéndose para atrás con la intención de lanzarse al agujero. Y casi siempre el encantador asunto de convertirse en polvo, aunque según yo no hay nada menos polvoriento que los hoyos de este tipo, se asocia con el estiércol aunque no haya ni una brizna de polvo alrededor de los difuntos, a no ser que hayan muerto víctimas del fuego. No importa, la pequeña artimaña del polvo es encantadora. Sin embargo, el terreno de mi padre no era de mis favoritos. Para empezar estaba demasiado lejos, allá por el campo silvestre en uno de los costados de una colina, y era demasiado pequeño además. Lo que es más, estaba casi lleno, unas cuantas viudas más y listo. Yo prefería Ohlsdorf de plano, en particular la sección Linne, en tierra prusiana, con sus novecientos acres de cadáveres bien empacaditos, aunque yo no conocía a nadie ahí, salvo, por su reputación, a Hangenbeck, el tipo que atrapaba animales salvajes. Si mal no recuerdo, hay un león grabado en su lápida; para Hagenbeck la muerte debe haber poseído la contención de un león. Los carros van de aquí para allá, hasta el tope de

viudas, viudos, huérfanos y gente por el estilo. Arboledas, grutas, lagos artificiales con cisnes, vaya un consuelo para el inconsolable. Era diciembre, nunca había tenido tanto frío, la sopa de anguila me había caído mal, tenía miedo de morir, me volteé para vomitar, los envidiaba.

Pero, pasando a cuestiones menos melancólicas, al morir mi padre tuve que irme de la casa. Era él quien deseaba que yo estuviera ahí. Era un hombre extraño. Un día dijo Déjenlo en paz, no está molestando a nadie. No sabía que yo lo estaba oyendo todo. Se trataba de una opinión que debe haber externado con frecuencia, sólo que las demás veces yo no andaba por ahí. Nunca me dejaron ver su testamento, simplemente me dijeron que me había dejado equis cantidad. Entonces yo creía, y todavía lo creo, que había estipulado en su testamento que se me dejara en el cuarto que siempre ocupé cuando él vivía y que se me llevaran los alimentos ahí como antes. Incluso pudo haberle dado a esto la característica fuerza de lo precedente. Se intuía que le gustaba tenerme bajo su techo, de no ser así no se habría opuesto a mi desalojamiento. Tal vez le daba lástima. Pero no creo. Debía haberme dejado toda la casa, entonces sí que me habría sentido bien, los demás también, los habría convencido diciéndoles: Quédense, quédense, por favor, ésta es su casa. Sí, mi pobre padre lo logró, si es que su intención era realmente seguir protegiéndome desde la tumba. En relación con el dinero, en justicia debo admitir que me lo dieron de inmediato, al día siguiente de la inhumación. Tal vez se sintieron legalmente obligados a ello. Yo les dije Quédense con el dinero y déjenme seguir viviendo aquí, en mi recámara, como en vida de papá. Y añadí Dios lo tenga en su gloria, todo esto esperando que se conmovieran. Pero se negaron. Les ofrecí ponerme a su disposición unas horas todos los días para realizar los trabajitos de mantenimiento que toda casa requiere pues, si no, se viene abajo. Resanar aún es posible, no sé por qué. Les propuse en particular encargarme del invernadero. Allí me habría encantado quedarme las horas, en medio de ese calor, haciéndome cargo de los tomates, los jacintos, los claveles y los distintos retoños. Sólo mi padre y yo, en aquella casa, entendíamos de tomates. Pero se negaron. Un buen día, al regresar del baño, encontré mi cuarto cerrado con llave y mis pertenencias amontonadas frente a la puerta. Esto podrá darles una idea de lo estreñido

que estaba durante esta coyuntura. Ahora estoy totalmente convencido de que se trataba de un estreñimiento ansioso. Pero, ¿me encontraba realmente estreñido? De alguna manera creo que no suavemente, suavemente. Y aun así debo haber estado mal, pues de qué otro modo se pueden explicar esas largas y crueles sesiones en el lugar al que todo el mundo va. Por entonces nunca leía, no más que en otros momentos, nunca me instalaba en la ensoñación o en la meditación, sólo miraba fijamente el almanaque que colgaba de un clavo ante mis ojos, con su portada de un jovencito de barba recién salida con su rebaño, Jesús sin duda; tenía las manos en las mejillas y me dieron náuseas, ay, ay, ay, ay, hacía los mismos movimientos de alguien que se aferra al remo y tenía un solo pensamiento en la cabeza, ir a mi cuarto de nuevo y acostarme boca arriba. ¿Qué pudo haber sido aquello más que estreñimiento? ¿O lo estaré confundiendo con la diarrea? Estoy hecho bolas, entre lápidas y bodas y las distintas variedades del movimiento. Con mis escasas pertenencias habían hecho un montoncito en el suelo, frente a la puerta. Parece que estoy viendo el montoncito en el pequeño descanso muy sombreado entre las escaleras y mi cuarto. Fue en este angosto sitio, limitado sólo por tres paredes, donde tuve que cambiarme, quiero decir quitarme la ropa de dormir y ponerme la ropa de viaje, o sea, zapatos, calcetines, pantalones, camisa, saco, abrigo y sombrero, no puedo pensar más que en eso. Intenté abrir otras puertas, le daba vuelta a la chapa y empujaba o jalaba antes de irme de la casa, pero ninguna cedió. Creo que de haber encontrado una abierta me habría atrincherado en el cuarto, me habrían tenido que anestesiar para sacarme. Sentía la casa llena como de costumbre, con la gente de todos los días, pero no veía a nadie. Me los imaginé a cada uno en su cuarto, con las luces apagadas, absolutamente alertas. Luego, la carrera hacia la ventana, todos se detienen un poco antes de llegar, quedan cubiertos por la cortina, esto, ante el sonido de la puerta principal cerrándose tras de mí, debí dejarla abierta. Luego las puertas se abren y salen todos, hombres, mujeres y niños, y las voces, los suspiros, las sonrisas, las manos, las llaves en las manos, el bendito alivio, las precauciones ensayadas, si esto pues aquello, pero si aquello entonces esto, todo paz y felicidad en los corazones, vengan a comer, dejemos la fumigación para más tarde. Desde luego que todo esto me lo imagino,

yo ya me había ido, todo pudo suceder de otra manera, pero a quién le importa cómo ocurren las cosas siempre y cuando ocurran. Todos esos labios que me habían besado, esos corazones que me habían querido (es con el corazón que uno quiere, ¿no es así? o, ¿acaso lo estoy confundiendo todo?), esas manos que habían jugado con las mías y esas mentes que ¡casi se apropiaron de la mía! Los seres humanos son verdaderamente extraños. Pobre papá, se le habría hecho un nudo en la garganta si me hubiera visto aquel día, si nos hubiera visto, a menos que en su gran sabiduría desprendida de lo humano, hubiera visto más allá de su hijo cuyo cadáver todavía no estaba listo para cavar la fosa.

Pero, pasando a cuestiones menos melancólicas, el nombre de la mujer con la que pronto contraería matrimonio era Lulú. Así pues, ella al menos me dio seguridad y no puedo imaginarme qué interés podía haber tenido en mentirme al respecto. Bueno, por supuesto que uno nunca sabe: Hasta me reveló su apellido, pero ya se me olvidó. Debí apuntarlo en un papel, me choca olvidar los nombres propios. La conocí en una banca a la orilla del canal, de uno de los canales ya que en nuestro pueblo hay dos, aunque nunca llegué a saber cuál era cuál. Era una banca bien ubicada detrás de la cual había un montículo de tierra sólida y basura que ocultaba mi espalda. Mis costados sólo se veían parcialmente gracias a dos venerables árboles, más que venerables, muertos, que estaban a cada lado de la banca. Sin lugar a dudas fueron estos árboles los que un buen día, en el esplendor de su follaje, crearon la idea de una banca en la imaginación de alguien. Al frente, a unas cuantas yardas de distancia, fluía el canal, si es que los canales fluyen, no me lo pregunten, así que desde esa parte también, el riesgo de una sorpresa era mínimo. Y aun así, ella me sorprendió. Yo estaba echado ahí, qué noche tan agradable, mirando por entre las ramas desnudas que se entrelazaban allá arriba, donde los árboles se unen unos con otros buscando apoyo, y por entre las nubes que pasaban en un boquete de cielo estrellado, iban y venían. Hazte para allá, dijo. Primero pensé en irme pero, como estaba fatigado y no tenía a dónde ir, me quedé. Entonces encogí un poco las piernas y ella se sentó. Nada más pasó entre nosotros aquella tarde y al rato ella decidió irse sin decir una palabra más. Todo lo que hizo fue tararear desarticuladamente, *sotto vo-*

ce, como para sus adentros y afortunadamente sin la letra, algunas canciones populares, brincando de una a la otra sin terminar ninguna, de tal modo que hasta a mí me pareció extraño. Su voz, aunque desentonada, no era desagradable. Tenía el aliento de un alma demasiado fastidiada para concluir algo, era tal vez la voz menos adolorida del mundo. La banca pronto se convirtió en algo más de lo que ella podía soportar y en cuanto a mí, echarme un vistazo había sido más que suficiente para ella. Sin embargo, en realidad era una mujer muy tenaz. Regresó al día siguiente y al siguiente y todo fue más o menos como la primera vez. Quizá se intercambiaron algunas palabras. Al día siguiente estuvo lloviendo y yo me sentía muy seguro. Mal hecho. Le pregunté si estaba decidida a molestarme tarde con tarde. ¿Te molesto?, preguntó. Sentí sus ojos encima de mí. No podía haber visto gran cosa, dos párpados a lo sumo, con un indicio de nariz y ceja, ensombrecido, pues era de noche. Pensé que nos llevábamos bien, dijo. Me molestas, dije yo, no puedo estirarme si te pones allí. El cuello del abrigo me cubría la boca pero de todos modos me escuchó. ¿Tienes que estirarte a fuerza?, dijo. No hay error más craso que hablar con la gente. Pues pon los pies sobre mis rodillas, dijo. No esperé a que me lo dijera dos veces y pronto, bajo mis flacas corvas, sentí sus gordos muslos. Comenzó a sobarme los tobillos. Pensé en patearle el coño. Uno habla con la gente de que desea estirarse y luego luego ven un cuerpo completito. Lo que importaba en mi reino despoblado, en el cual la disposición de mi cadáver era el más simple y fútil de los accidentes, era la negligencia de la mente, el aburrimiento del ser, ese residuo de frivolidad execrable conocido como el no ser y, hasta el mundo, en una palabra. Pero un hombre de veinticinco años siempre está a merced de una erección, es algo físico de cuando en cuando, es la herencia común, ni siquiera yo era inmune, si es que eso puede llamarse una erección. No pude escapar de ella naturalmente, las mujeres huelen un falo rígido a diez millas de distancia y se preguntan ¿Cómo demonios pudo él distinguir mi presencia desde tan lejos? Uno ya no es uno mismo en ocasiones así y es doloroso no ser uno mismo, aún más doloroso que cuando uno lo es. Pues cuando uno es, uno sabe qué hacer para ser menos eso, mientras que cuando uno no es, uno es como cualquier viejo, no tiene remedio. Lo que recibe el nombre de amor es un destie-

rro con una que otra tarjeta postal desde la tierra natal, esa es mi respetable opinión, hoy en la tarde. Cuando ella hubo terminado y mi ser pudo recuperarse, mi querido amigo, el inmitigable, con ayuda de un breve torpor, se quedó solo. A veces me pregunto si todo esto no es un invento, si en realidad las cosas no tomaron un rumbo bastante diferente, algún rumbo que no me quedó otra más que olvidar. Y aun así su imagen permanece asociada, para mí, con la de la banca en la tarde, de tal modo que hablar de la banca, tal como se me presentó a mí aquella tarde, equivale a hablar de ella. Eso no prueba nada, pero no hay nada que yo desee probar. Para hablar del tema de la banca durante el día, no es necesario desperdiciar palabras, no me conoció jamás, me iba en la madrugada y regresaba al atardecer. Sí, durante el día hurtaba mi comida y cosas así. Si ustedes llegaran a preguntar, como sin duda lo harán por curiosidad, qué hice con el dinero que mi padre me dejó, la respuesta sería que lo único que hice fue dejarlo en mi bolsillo. Sabía que no sería joven eternamente y que el verano no dura eternamente tampoco, ni siquiera el otoño, mi alma mezquina me lo ha dicho. Finalmente le dije basta ya. Me molestaba en exceso, aun con su ausencia. De hecho todavía me molesta, pero no más que entonces. Y ya no me importa que me molesten, o casi no, porque ¿qué quiere decir molestar? y ¿qué haría conmigo mismo si no se me tratara así? Sí, he cambiado de sistema, este es el bueno, por novena o décima ocasión, eso sin mencionar que no hace mucho que se corrieron las cortinas de los molestantes y los molestados, no hay que chismosear más al respecto, al respecto de todo eso, de ella y los demás, la mierda y las sublimes estancias celestes. Así que no quieres que vuelva más, dijo. Es increíble, cómo repiten lo que les acaba uno de decir, como si arriesgaran la vida dando crédito a sus oídos. Le dije que viniera en el momento equivocado. Yo no entendía a las mujeres por entonces. Lo que es más, aún no las entiendo. A los hombres menos. Tampoco a los animales. Lo que mejor entiendo, que no es mucho decir, son mis dolores. Pienso en ellos a diario, no me lleva mucho tiempo, el pensamiento es tan rápido. Sí, hay momentos, particularmente en la tarde, en que me vuelvo todo sincretismo, *á la* Reinhold. ¡Qué equilibrio! Pero aun a mis pensamientos los entiendo mal. Seguro es porque no soy sólo dolor, eso ni hablar. He ahí el problema. A

veces se aquietan, o yo, y me llenan de sorpresa y fascinación, se ven como de otro planeta. No muy seguido, pero no puedo pedir más. Ay, ¡qué vida tan de esto y lo otro! Ser sólo dolor, eso sí que facilitaría las cosas. ¡Omnidoliente! Vaya un sueño impío. Les contaré el sueño de todos modos, si me acuerdo, si puedo de mis extraños dolores, en detalle, haciendo distinciones entre los distintos tipos, por el bien de la claridad, los de la mente, los del corazón o emocionales, los del alma (ninguno, más bello, por cierto) y finalmente aquéllos de marco permitido, primero los interiores o latentes, después aquellos que afectan a la superficie, comenzando por el pelo y el cuero cabelludo y deslizándose metódicamente hacia abajo sin prisa, todo hacia abajo hasta los pies amantes del maíz, el cólico, la llaga, el juanete, el dedo hinchado, la uña enterrada, el arco caído, la ampolla común y corriente pies zambos, los pies de pato, los pies torcidos, los pies planos, el pie de atleta y otras curiosidades. Y dentro del mismo tema viene al caso platicarles a aquellos que tengan la gentileza de oírme, de acuerdo con el sistema cuyo interior siempre se me olvida, de aquellos instantes en que, ni drogado, ni borracho, ni en éxtasis, uno no siente nada. Lo que ella quería saber a continuación era lo que yo quería decir con eso de a veces, éste es el justo pago que uno recibe por abrir la bocota. ¿Una vez a la semana? ¿Una vez cada diez días? ¿Una vez a la quincena? Yo replicaba con menor frecuencia, con la mínima, hasta que ya no, si ella pudiera llegar a eso, y si no, pues aunque fuera lo menos frecuentemente posible. Y al día siguiente (lo que es más) abandoné la banca, debo confesar que menos por ella que por la banca, ya que la vista ya no satisfacía mis necesidades, por más modestas que éstas fueran, ahora que el aire se estaba volviendo más frío, y por otras razones, más valía no desperdiciarse en estupideces como ésa, así que me fui a refugiar en un establo desierto. Se erguía en la esquina de un campo con más ortigas que pasto en la superficie, y todavía más lodo que ortigas, pero cuyo subsuelo quizá poseía cualidades excepcionales. Fue en este paraíso, lleno de mierda de vaca seca y hueca y con el subsiguiente dolor en la yema del dedo, cuando por primera vez en la vida, y no dudaría un segundo en decir que la última, de no haber tenido que administrar con cuidado mi dosis de cianuro, tuve que enfrentarme a un sentimiento que gradualmente fue adop-

tando, ante mi sorpresa, el deleznable nombre de amor. Lo que constituye el encanto de nuestra provincia, aparte desde luego de su escasa población, y esto sin la ayuda del más mínimo de los anticonceptivos, es que todo tiene su truco, excepción hecha exclusivamente de las inmundicias que ha dejado la historia. A éstas se les busca constantemente, se les arregla y se les lleva en procesión. En cualquier lugar en que el nauseabundo tiempo haya dejado un bonito recodo, cualquiera podrá toparse con patriotas que respiran con las narices bien abiertas y las caras al rojo vivo. El Elíseo de los sin-techo. Y he aquí mi felicidad finalmente. Acuéstate, todo parece detenerse, acuéstate y quédate quieto. No veo nexo alguno entre estas dos afirmaciones. Pero aquélla existe, la he visto más de una vez sin duda. ¿Pero qué? ¿Cuál? Sí, la amaba, es el nombre que le daba y que aún le doy a lo que sentía por entonces. No tenía ninguna otra razón para seguir mi camino; nunca antes había amado, bueno, por supuesto que me habían hablado del asunto en casa, en la escuela, en el burdel y en la iglesia; también había leído novelas y poemas bajo la guía de mi tutor, en seis o siete idiomas vivos y muertos, en los cuales se abundaba en el tema. Por lo tanto, tenía la posibilidad, a pesar de todo, de poner una etiqueta a los terrenos en que me movía cuando me sorprendí escribiendo el nombre de Lulú en el viejo corral o con la cara metida en el lodo bajo la luna tratando de arrancar las ortigas de raíz. Eran ortigas gigantes, algunas de hasta tres pies de altura, arrancarlas aminoraba mi dolor, y sin embargo yo nunca fui de los que cortan la hierba, al contrario, la cubría de estiércol más bien. Las flores son muy otro asunto. El amor hace surgir lo peor del hombre y sin errores. Pero ¿qué clase de amor era éste exactamente? ¿Amor pasional? La verdad no creo. Ese es el amor priápico, ¿no es así? ¿O es que se trata de una variedad distinta? Hay miles de tipos, ¿no es cierto? Todos igualmente deliciosos o más, ¿no? El amor platónico, por ejemplo, he ahí un tipo que se me acaba de ocurrir. Es desinteresado. ¿Acaso la amaba platónicamente? La verdad no creo. ¿Habría estampado su nombre en la mierda de vaca de haberse tratado de un amor puro y desinteresado? Y lo hice con el dedo, ¿he?, y por si fuera poco, después me lo chupé con gusto. ¡Vamos, vamos! Mis pensamientos estaban llenos de Lulú y si eso no les da una idea de lo que sentía, entonces nada lo hará. De cualquier manera,

estoy hasta la coronilla del nombre Lulú, le voy a poner otro, Ana, por ejemplo; no la describe, pero qué importa. Entonces comencé a pensar en Ana, yo, que había aprendido a no pensar en nada más allá de mis dolores, y esto con rapidez, y en qué pasos dar para no morir de hambre o de frío o de vergüenza, pero por ningún motivo pensaba en los seres humanos como tales (me pregunto qué quiere decir lo anterior en realidad), dijera lo que dijera o diga lo que diga en contra o a favor del tema. Pero yo siempre he hablado, y sin duda hablaré, de cosas que nunca han existido, o que sí existieron si así les place, siempre dirán que sí, pero no se estarán refiriendo a la existencia de que he hablado. Los kepis, por ejemplo, existen sin duda alguna, de hecho hay pocas probabilidades de que desaparezcan, pero personalmente yo nunca he usado un kepi. En alguna parte escribí "Me regalaron un... sombrero". Ahora bien, lo cierto del caso es que nunca me dieron un sombrero, yo siempre he tenido mi propio sombrero, el que me regaló mi padre, y nunca he tenido un sombrero que no sea ése. Es más, hasta podría decir que me lo llevaré a la tumba. Entonces pensaba en Ana, durante ratos muy muy largos, veinte minutos, veinticinco minutos y hasta media hora todos los días. He obtenido estas cifras al sumarles otras cifras menores. Ese debe haber sido mi modo de amar. ¿Podremos concluir entonces que la amaba con ese amor intelectual que hizo que se me cayera la baba? La verdad no creo. Pues si mi amor hubiera sido de este tipo, ¿me habría detenido acaso a escribir el nombre de Ana en la mierda de vaca, a cincelarlo en la pátina del tiempo? *¿Urtica plenis manibus?* ¿Y habría sentido sus muslos balanceándose como péndulos demoníacos bajo mi cabeza atolondrada? ¡Vamos, vamos! Para ponerle fin, para intentar ponerle fin a este "compromiso", una tarde regresé a la banca a la hora en que ella solía ir allí a encontrarse conmigo. Ni el menor indicio de ella, esperé en vano. Ya era el mes de diciembre, quizás enero, y el frío era el propio de la estación, como todo lo que pertenece a una estación. Pero una cosa es la estación para dejar huella, otra la de los cambios de aire y cielo, y otra muy distinta la del corazón. Gracias a este pensamiento, de vuelta a el quítame estas pajas, pasé una noche excelente. Al día siguiente fui más temprano a la banca, mucho más temprano, cuando acababa de anochecer, qué noche de invierno, y aun así era demasiado tarde, pues he

aquí que ella ya estaba ahí en la banca, bajo las ramas, dale y dale con el sonsonete, de espaldas al montículo, mirando el agua congelada. Antes dije que era una mujer muy tenaz. No sentí nada. ¿Con qué objeto me persigues de esta manera?, le pregunté, sin tomar asiento, balanceándome para adelante y para atrás. El frío había realzado la vereda. Ella contestó que no lo sabía. Le dije que tuviera la amabilidad de decirme, si podía, qué veía en mí. Respondió que no podía. Parecía estar calientita, con las manos envueltas en una frazada. Mientras miraba esa frazada, recuerdo que se me llenaron los ojos de lágrimas. Pero no me acuerdo de qué color era. ¡Qué barbaridad, qué mal estaba yo entonces! Siempre había podido llorar a mis anchas, sin sentirme un poco mejor por ello, hasta hace poco. Si tuviera que llorar en este instante, sin embargo, podría exprimirme hasta ponerme morado y ni una gota me saldría, de eso estoy seguro. ¡Qué mal estoy ahora! Las cosas me hacían llorar. Pero no sentía la menor tristeza. Cuando se me salían las lágrimas sin motivo aparente, eso quería decir que había percibido algo desconocido. Así que me pregunto si habrá sido la frazada o a lo mejor la vereda, dura como el fierro y realzada, tanto que yo sentía como un empedrado bajo los pies, o tal vez otra cosa, alguna cosa azarosamente vista bajo el umbral, típico de mi persona. En cuanto a ella, tal vez ni siquiera había puesto los ojos en ella antes. Estaba toda encogida y cubierta por la frazada, con la cabeza hundida, la frazada y las manos sobre las piernas, las piernas muy juntas y los pies lejos del suelo. Sin forma, sin edad, casi sin vida, podría haberse tratado de cualquier cosa o persona, una vieja o una niñita. Y el modo en que repetía No lo sé, No puedo, yo era el que no sabía y no podía. ¿Viniste por mí?, dije. A duras penas dijo que sí. Bueno, pues aquí estoy, dije. ¿Y yo? ¿No había yo ido por ella? Henos aquí, dije. Me senté junto a ella pero de un salto me puse de pie nuevamente como si me hubiera quemado. Quería irme lejos, saber que todo había terminado. Pero antes de partir, para no tener ni el menor asomo de una duda, le pedí que me cantara una canción. Al principio pensé que se negaría, digo, que simplemente no cantaría, pero no, un ratito después comenzó a cantar y cantó un buen rato, todo el tiempo la misma canción según yo, sin cambiar para nada de actitud. Yo no conocía esa canción, nunca antes la había escuchado y nunca más la volveré a escuchar. Tenía algo que

ver con limoneros o naranjos, no me acuerdo, eso es todo lo que me viene a la cabeza, y para mí eso no es nada malo en realidad, recordarla tenía algo que ver con limoneros o naranjos, no me acuerdo, ya que de todas las demás canciones que he escuchado en la vida, y he escuchado bastantes, resultaba imposible aparentemente, físicamente imposible, como estar sordo, atravesar el mundo, aun a mi manera, sin escuchar canciones, no he retenido nada, ni una palabra, ni una nota, o tan pocas palabras, tan pocas notas que..., que qué, que nada, esta frase ya se alargó demasiado. Luego me fui caminando y conforme avanzaba comencé a escuchar que cantaba otra canción, o tal vez más estrofas de la misma, más débil el sonido y más débil mientras más lejos me hallaba, luego ya no, bien porque había terminado o porque yo ya estaba demasiado lejos para escucharla. Dar asilo a una duda de este tipo era algo que prefería evitar en ese entonces. Viví desde luego en duda, pero una duda de tal trivialidad, puramente somática como dicen por ahí, era mejor aclararla sin más demora, podría azotarse contra mí como un mosquito durante semanas, y semanas. Así pues, di unos pasos para atrás y me detuve. Al principio no oí nada, luego de nuevo aquella voz, apenas la oí tan débil era. Primero no la oí y luego sí, por tanto debo haber comenzado a oírla en un punto equis, pero no, no había principio, el sonido emergía tan suavemente del silencio que se le parecía. Cuando al fin cesó la voz, me acerqué otro poquito para asegurarme de que en verdad había cesado y no que había bajado de volumen nada más. Luego, en el colmo de la desesperación y diciendo No con conocimiento de causa, no con conocimiento, al sentir que estabas junto a ella, me incliné, me di la media vuelta y me fui; para siempre, atormentado por la duda. Pero unas cuantas semanas después, aun más muerto que vivo que de costumbre, regresé a la banca, por cuarta o quinta vez desde que la había abandonado, casi a la misma hora, digo, casi bajo el mismo cielo, no, miento, pues el cielo es siempre el mismo y nunca el mismo, no hay palabras para describirlo, no que yo sepa, y punto. Ella no estaba ahí, y de pronto sí estaba, no sé cómo, no la vi llegar, ni la oí y eso que era todo oídos y ojos. Digamos que estaba lloviendo, no había cambios reales, sólo en cuanto al clima. Ella tenía abierto el paraguas, naturalmente, vaya un atuendo. Le pregunté si venía todas las tardes. No, dijo, un día

sí y un día no, a veces. La banca estaba empapada, caminamos de allá para acá, sin atrevernos a tomar asiento. La tomé del brazo, por simple curiosidad, para ver si sentía algún placer, pero no, así que la solté. Pero, ¿a qué vienen tantos detalles? Para ahuyentar la hora malhadada. Vi su rostro con algo más de claridad, me pareció normal, un rostro como tantos otros. Era bizca, pero eso no lo supe sino hasta después. Aquel rostro no parecía ni joven ni viejo, estaba como varado entre lo primaveral y lo marchito. Encontraba difícil sobrellevar tal ambigüedad en ese entonces. Ahora, que si era hermoso aquel rostro, o si había sido hermoso alguna vez, o si podría llegar a serlo, he de confesar que no podía formarme una opinión al respecto. Había visto rostros en fotografías y los habría considerado hermosos de haber tenido una remota idea de aquello en lo que supuestamente consistía la belleza. Y el rostro de mi padre, en su caja mortuoria, daba ciertos indicios de alguna forma estética relevante para el hombre. Pero el rostro de un muerto, todo gesto y rubor, ¿acaso puede describirse como objeto? Yo admiraba, a pesar de la oscuridad, a pesar de mi aturdimiento, el modo quieto o escasamente fluyente en que el agua alcanzaba, como sedienta, a aquella otra agua que caía del cielo. Me preguntó si quería que cantara algo. Le contesté que no, que quería que dijera algo. Pensé que diría que no tenía nada que decir, habría sido típico de ella, así que quedé agradablemente sorprendido cuando me dijo que tenía un cuarto, muy agradablemente sorprendido, aunque me lo sospechaba. ¿Quién no tiene un cuarto? Ay, escucho el clamor. Tengo dos cuartos, dijo. Bueno por fin ¿cuántos cuartos tienes?, dije. Me dijo que tenía dos cuartos y una cocina. Los elementos se iban expandiendo rítmicamente, así que a su debido tiempo recordaría el baño. ¿Escuché bien o dijiste que tenías dos cuartos?, dije. Sí, me contestó. ¿Adyacentes?, dije. Por fin, una conversación cual debe de ser. La cocina está en medio, dijo. Le pregunté por qué no me lo había contado antes. Debo haber estado fuera de mí en ese momento. No me sentía tranquilo cuando estaba con ella, pero al menos con la libertad de pensar en algo que no fuera ella, en las viejas cosas cotidianas, y así poco a poco, como descendiendo las escaleras hacia lo profundo de nada, comencé a tener la certeza que, lejos de ella, perdería la libertad.

En efecto, había dos cuartos y la cocina estaba en medio, no me había engañado. Dijo que debía haber llevado mis cosas. Le expliqué que no tenía cosas. Los cuartos estaban en el último piso de una casa vieja con vista a las montañas, para los interesados. Encendió una lámpara de aceite. ¿No tienes electricidad?, le pregunté. No, contestó, pero tengo agua y gas. Ja, dije, conque tienes gas. Comenzó a desvestirse. Cuando en el colmo de su perspicacia se desviste, sin duda llevan a cabo el más sabio de los hechizos. Se quitó todo con una lentitud tal que inflamaría a un elefante, todo menos las medias, calculadas tal vez para hacer que mi concupiscencia hirviera. Fue entonces cuando noté que era bizca. Por fortuna, no era la primera mujer desnuda que se cruzaba en mi camino, así que podía quedarme, sabía que ella no explotaría. Le pregunté si podía ver el otro cuarto, el que no había visto todavía. De haberlo visto ya, habría pedido volver a verlo. ¿No te vas a desvestir?, dijo. Ah, eso, bueno es que casi nunca me desvisto. Era cierto, nunca fui de los que se desvisten indiscriminadamente. Con frecuencia me quitaba las botas antes de irme a la cama, digo, cuando me disponía (¡disponía!) a dormir, eso sin mencionar esta o aquella prenda de acuerdo con la temperatura exterior. Por lo tanto, ella se vio obligada, por simple *savoir faire*, a echarse encima un chal y a mostrarme el camino. Pasamos por la cocina. Podríamos haber ido por el pasillo, tal como se me ocurrió después, pero fuimos por la cocina, no sé por qué, tal vez porque era el camino más corto. Estudié el cuarto con horror. Tal densidad en los muebles vence a la imaginación. No cabe duda, debo haber visto ese cuarto en alguna parte. ¿Qué es esto?, grite. La sala, contestó. ¡La sala! Comencé entonces a sacar los muebles por la puerta hacia el pasillo. Ella observaba, con tristeza supongo, pero no necesariamente. Me preguntó qué estaba haciendo. No podía haber esperado una respuesta. Saqué los muebles uno por uno, hasta de dos en dos, y los amontoné en el pasillo, pegados a la pared. Eran cientos de cosas, grandes y pequeñas, al final bloquearon la entrada imposibilitando la salida así como *a fortiori* la entrada hacia y rumbo al pasillo. La puerta podía abrirse y cerrarse ya que abría para adentro, pero no se podía pasar a través dé ella. Qué raro todo. Al menos quítate el sombrero, me dijo. Trataré el tema del sombrero más adelante quizá. Finalmente el cuarto quedó vacío

salvo por un sofá y algunos tramos pegados a la pared. Llevé el primero al fondo del cuarto, cerca de la puerta y al día siguiente quité los segundos y los puse en el pasillo con lo demás. Cuando los estaba quitando, qué curioso recuerdo, escuché la palabra fibroma o broma, no sé cuál, nunca lo supe, nunca supe lo que quería decir y nunca tuve la curiosidad para averiguarlo. ¡Las cosas que uno recuerda! ¡Y las que memoriza! Cuando todo estuvo en orden al fin, me dejé caer en el sofá. Ella no había movido un dedo para ayudarme. Voy por las sábanas y las cobijas, dijo. Pero yo no soportaba las sábanas. ¿Podrías correr la cortina?, le dije. La ventana estaba congelada. El efecto no era blanco porque era de noche, pero sí luminoso al menos. Aquel débil frío del resplandor, aunque yo estaba acostado con los pies en dirección a la puerta, era demasiado, de plano. De pronto me levanté y moví el sofá, es decir, le di la vuelta, de modo que el respaldo, que antes estaba pegado a la pared, quedara afuera y consecuentemente lo demás, el asiento propiamente, quedara adentro. Después me volví a echar en él como un perro en su canasta. Te dejo la lámpara, me dijo, pero le supliqué que se la llevara. Bueno, supón que necesitas algo a media noche, dijo. Claro, iba a comenzar con sus argucias de nuevo. ¿Sabes el por qué de la conveniencia?, me dijo. Tenía razón, me olvidaba, orinarse en la cama es relajante y placentero al principio, pero luego se vuelve una fuente de incomodidad. Dame una bacinica, le dije. Pero no tenía. Tengo un banquito hueco para guardar hielos, dijo. Vi claramente a la abuela sentada muy derecha y muy tiesa cuando lo acababa de adquirir, perdón, de conseguir en un bazar de caridad o cuando se lo acababa de ganar en una rifa, era una pieza de colección que ahora estaba estrenando y que deseaba lucir a como diera lugar. De eso se trata, de demorarse en las cosas. Cualquier viejo recipiente, dije, no tengo flujo. Al poco rato regresó con una especie de sartén, no una sartén en serio porque no tenía mango, era ovalada y tenía tapa y dos asas. Mi sartén consentida, dijo. Para qué quiero la tapa, dije. Ah, ¿no la necesitas?, contestó. Si hubiera dicho que necesitaba la tapa, ella habría dicho ¿necesitas la tapa? Metí este utensilio debajo de las cobijas, me gusta tener algo en la mano cuando duermo, me da seguridad, y mi sombrero todavía estaba empapado. Me puse de cara a la pared. Cogió la lámpara de encima del mantel donde la había puesto,

de eso se trataba, cada detalle, proyectaba su ondulante sombra sobre mí, pensé que se había ido pero no, vino hacia mí agachada por el respaldo del sofá. Son herencia de la familia, dijo. Yo en su lugar habría salido de puntitas, pero ella no lo hizo así, ni el menor intento. Mi amor se estaba apagando ya, eso era lo único que importaba. Sí, ya me sentía mejor, sabía que pronto me levantaría y volvería a los lentos descensos, los largos hundimientos que me habían estado vedados durante tanto tiempo por su culpa. ¡Y eso que me acababa de instalar ahí! Ahora intenta sacarme de aquí, le dije. Yo parecía no captar el significado de estas palabras, ni siquiera oía el breve sonido que producían hasta unos segundos después de pronunciarlas. Estaba tan poco acostumbrado a hablar que a veces mi boca se abría sola y llenaba de vacío alguna frase o varias, gramaticalmente correctas pero totalmente vacías si no de significado, ya que ante una inspección cuidadosa lo revelarían a uno, sí de fundamento. Pero yo no podía escuchar la palabra hablada. Mi voz nunca había tardado tanto en alcanzarme como en esta ocasión. Me puse boca arriba para ver qué estaba pasando. Ella sonreía. Al rato se fue y se llevó la lámpara. Oí sus pasos en la cocina y luego oí que la puerta de su cuarto se cerraba detrás de ella. ¿Por qué detrás de ella? Al fin me encontraba solo, en la oscuridad al fin. Bueno, basta ya de esto. Pensé que estaba listo para pasar una buena noche, a pesar del ambiente tan enrarecido, pero no, pasé una noche muy agitada. Me desperté a la mañana siguiente con la ropa desarreglada y la cobija también, y con Ana a mi lado, desnuda naturalmente. Me pongo a temblar sólo de pensar en sus jadeos. Aún tenía la sartén en la mano. De nada había servido. Miré mi miembro. ¡Sí sólo hubiera podido hablar! Basta ya. Fue una noche de amor.

Gradualmente me fui quedando en esa casa. Ella me traía de comer a las horas previamente establecidas; se asomaba de vez en cuando para ver si yo estaba bien y para asegurarse de que no necesitaba nada, vaciaba la sartén una vez al día y hacía la limpieza del cuarto una vez al mes. No siempre podía resistir la tentación de hablar conmigo, pero en general no daba motivo de queja. A veces la oía cantar en su cuarto, la canción atravesaba la puerta, luego la cocina, luego mi puerta, y así me ganaba débil pero indisputablemente. A menos que viajara por el pasillo. Esto no me incomodaba gran cosa, digo, el sonido ocasional de una can-

ción. Un día le pedí que me trajera un jacinto vivo, en un frasco. Lo trajo y lo puso en el mantel que ya era el único lugar —aparte del suelo— donde se podía poner algo. No le quité los ojos de encima un sólo día a aquella flor. Al principio todo iba muy bien, hasta dio una o dos flores, luego dejó de dar y se convirtió en un tallo desnudo con hojas desnudas. Su protuberancia, medio sacando la cabeza en busca de oxígeno, olía a podrido. Ella se lo quería llevar, pero le dije que lo dejara. Quería conseguirme otro, pero le dije que no quería otro. Me molestaban mucho más otros sonidos, risitas tiesas y gruñidos que llenaban la habitación a ciertas horas de la noche y a veces hasta del día. Ya había renunciado a pensar en ella, casi totalmente, pero de todos modos seguía; necesitando el silencio para vivir mi vida. En vano intenté prestar oídos a los razonamientos que dicen que el aire se hizo para acoger los clamores del mundo, incluso las muchas risitas y gruñidos, fue inútil, no pude encontrar alivio. No había manera de averiguar si siempre se trataba de la misma gente o de otros. Los gruñidos de todos los amantes se parecen tanto, hasta en las risitas. Sentía un horror tal entonces por estas mezquinas perplejidades, que siempre cometía el mismo error, es decir, tratar de aclararlas. Me llevó mucho tiempo, digamos que la vida entera, darme cuenta de que el color de un ojo visto a medias, o el origen de un cierto sonido distante, tienen más que ver con Guidecca en el infierno de la ignorancia que con la existencia de Dios, los orígenes del protoplasma, la existencia del ser, y son aún menos dignos que todo esto de preocupar a los sabios. Una vida no alcanza para llegar a esta consoladora conclusión, no le queda a uno tiempo para gozar de sus resultados. Así que fue un gran alivio cuando, después de plantearle a ella esta cuestión, se me dijo que se trataba de unos clientes a los que recibía en rotación. Obviamente podía haberme levantado e ido a espiar por el ojo de la cerradura. Pero, ¿qué puede uno ver, pregunto, a través de ojos como esos? Así que vives de la prostitución, le dije. Vivimos de la prostitución, dijo ella. ¿No podrías pedirles que no hicieran tanto ruido?, dije, como si le estuviera creyendo. Y añadí, o al menos diles que hagan otros ruidos. No pueden más que pujar y jadear, dijo. Pues me tendré que ir, dije. Encontró unos viejos cuadros en el baúl de la familia y colgó uno en mi puerta y otro en la suya. Le pregunté si sería posible,

de vez en cuando, que me consiguiera un apio. ¡Un apio!, dijo, como si le hubiera pedido algo nunca visto. Le recordé que la temporada de apio estaba terminando y le dije que le agradecería que me diera de comer, al menos hasta el fin de la temporada, exclusivamente apio. Me gusta el apio porque sabe a violeta y la violeta porque huele a apio. De no haber apio en al tierra, las violetas me importarían un comino y de no haber violetas, me daría igual comer apio, nabo o rábano. Y aun en el actual estado de su flora, digo, en este planeta donde los apios y las violetas luchan por la convivencia, toda podría vivir sin ambos con toda tranquilidad, de veras, con tranquilidad. Un día ella tuvo la imprudencia de anunciarme que estaba encinta y que tenía ya cuatro o cinco meses así, y que yo era el culpable, ¡habráse visto! Me permitió ver su barriga de lado. Incluso se desvistió, sin duda para que yo no pensara que se había metido una almohada bajo el vestido, bueno, y también por el puro placer de desvestirse. Tal vez es puro aire, le dije, en tono de consuelo. Se me quedó mirando con sus grandes ojos cuyo color ya no recuerdo, con su gran ojo más bien, ya que el otro parecía riveteado por los restos del jacinto. Mientras más desvestida estaba, más bizca. Mira, me dijo, dejando colgar sus senos, el jacinto se está oscure-ciendo. Traté de recuperar las pocas fuerzas que me quedaban y dije, Aborta, aborta, y te juro que florecerá de nuevo. Ella había abierto las cortinas para que sus redondeces pudieran verse con claridad, y vi la montaña, impasible, cavernosa, secreta, donde de la noche a la mañana no se oía más que el silencio, los chorlitos, el tintineo del distante metal de los martillos de los picapedreros. Yo salía en la mañana con rumbo a los brezales, todo calor y esencia, para contemplar en la noche las distantes luces de la ciudad si se me antojaba y las demás luces, las de los barcos y de los faros, cuyo nombre mi padre me había enseñado, cuando era chico, y cuyo nombre podía hallar en mi memoria cuando se me antojaba, con toda seguridad. A partir de aquel día, las cosas fueron de mal en peor, de mal en peor. Y no porque ella me rechazara, nunca su rechazo me habría satisfecho, sino por la manera en que insistía con eso de *nuestro* hijo, exhibiendo su barriga y senos y diciendo que nacería ya de un momento al otro, que sentía que ya estaba pateando. Si está pateando, le decía yo, pues no es mío. Yo podía haber estado mucho peor en esa casa, eso júrenlo,

ciertamente no era lo que se dice mi ideal, pero tampoco iba a negar sus ventajas. Pensé irme pero lo dudé mucho, las hojas habían comenzado a caer y me disgustaba el invierno. Uno no debería odiar el invierno, también tiene sus bondades, la nieve da calor y mata el tumulto, y sus pálidos días se van volando. Pero todavía ignoraba por entonces, cuan tierna puede resultar la tierra para aquellos que sólo la tienen a ella y cuántas tumbas ofrece para los vivos. Lo que dio al traste con todo fue el nacimiento. Me despertó. ¡Qué duras las ha de haber pasado ese niñito! Supongo que la acompaño una mujer porque me parecía oír pasos en la cocina que entraban y salían. Me dolía en el alma irme de una casa sin que me hubieran echado. Trepé por el respaldo del sofá, me puse el saco, el abrigo y el sombrero, sólo en eso puedo pensar, me puse las botas y abrí la puerta del pasillo. Un montón de porquerías me impedía la salida, pero me escabullí y pude salir de ahí ileso, sin importarme el ruido que hacía. Utilicé la palabra matrimonio, era una especie de unión, después de todo. Debe haber sido primeriza. Las precauciones habrían sido algo superfluo, nada podía compararse con aquellos gritos que me persiguieron por las escaleras hasta la entrada. Me detuve frente a la puerta principal y escuché. Todavía podía escucharlos. De no haber sabido que había gritos en la casa, no los habría escuchado. Pero como lo sabía, presté oídos. No estaba muy seguro de dónde me encontraba. Entre las estrellas y las constelaciones busqué a las Osas, pero no las vi. Y sin embargo, seguro estaban ahí. Mi padre fue el primero en mostrármelas. Me mostró muchas otras también, pero solo, sin él a mi lado, solamente podía encontrar a las Osas. Comencé a jugar con los gritos, como jugaba con las canciones, de aquí para allá, de aquí para allá, si a eso se le puede llamar un juego. Siempre que estuviera caminando no los escuchaba, debido a los pasos. Pero eso sí, si me detenía los volvía a escuchar, cada vez menos he de admitirlo, pero qué importa, menos o más, un grito es un grito y lo único que importa es que cese. Por años pensé que cesarían los gritos. Ahora ya perdí las esperanzas. Podría haberme conseguido amantes tal vez, pero así es la cosa, uno ama o no ama y punto.

DE UNA OBRA ABANDONADA

Me levanté tempranito ese día, era joven entonces, sintiéndome pésimo y salí, mamá estaba asomada a la ventana en camisón llorando y despidiéndose de mí. Qué mañana tan bonita y fresca, todo brillaba como suele suceder a esas horas. Me sentí pésimo de veras, muy violento. El cielo se oscurecería muy pronto y llovería y seguiría lloviendo todo el día hasta la tarde. Luego, en un segundo, todo azul y el sol, luego la noche. Sintiendo todo esto, qué violento y qué día, me detuve y volteé. Así, con la cabeza agachada, porque estaba buscando un caracol, un baboso o un gusano. Cuánto amor había en mí por todas las cosas estáticas y enraizadas, los arbustos, las piedras y cosas así, demasiado numerosas para mencionarlas, hasta las flores del campo; no sentía lo mismo por el mundo cuando en mis cinco sentidos llegaba a tocar algo así, o a cogerlo. Pero ahora un pájaro o una mariposa que flotaba por ahí metiéndose en mi camino, un gusano que se me metía debajo del pie, no, ahora ni siquiera sentía piedad por ellos. No que cambiara de camino para dirigirme hacia ellos, no, a cierta distancia de hecho parecían estáticos, luego, un rato después, estaban encima de mí. Una vez vi, con estos mis penetrantes ojos, unos pájaros que volaban tan alto, tan lejos, que parecían estar en reposo, y luego un minuto más tarde estaban todos a mi alrededor; esto me ha sucedido con los cuervos, por ejemplo. Los patos tal vez son los peores, cómo patalean y pierden el equilibrio entre los otros patos, o las gallinas, cualquier tipo de ave de corral, casi no hay nada peor. Y no me voy a salir de mi camino para esquivarlos, ¿verdad?, cuando son esquivables, no, simplemente no me da la gana de salirme de mi camino, aunque nunca en la vida he seguido un camino hacia algún lado, sólo he estado en mi camino. Y de esta manera he cruzado grandes matorrales, con los pies sangrando y me he metido en los pantanos también, en el agua, hasta en el mar cuando he estado de humor y me he salido de mi camino o he regresado, para no ahogarme. Y muy posiblemente moriré así si no me descubren, digo, ahogado, o en llamas, sí, quizá eso me ocurrirá al final, furioso, me echaré un clavado al fuego y moriré quemado cachito por cachito. Después alcé la vista y miré a mi madre que seguía despidiéndose de mí desde la ventana, agi-

taba la mano para que me fuera o para que volviera, no lo sé, o sólo estaba agitando la mano así nada más, llena de amor triste o desolado, y escuché sus gemidos leves. El marco de la ventana era verde pálido, los muros de la casa grises y mi madre blanca y tan delgada que se transparentaba ante mis ojos (muy penetrantes por entonces) que la atravesaban rumbo a la oscuridad de la habitación, y en toda aquella integridad, el sol casi recién salido, todo se empequeñecía por la distancia, todo era realmente bonito, me acuerdo bien, el viejo gris y luego el delgado verde rodeándolo todo y el delgado blanco contra lo oscuro, si sólo se hubiera quedado quieta y me hubiera dejado mirar. No, por única vez en la vida quería pararme y ver algo que no podía porque ella agitaba la mano y se movía y salía y entraba de la ventana como si estuviera haciendo ejercicio, capaz que lo estaba haciendo y yo era lo que menos le importaba. La falta de tenacidad frente al objetivo, ésa era otra cosa que no me gustaba de ella. Una semana hacía ejercicio por ejemplo, y la siguiente rezaba y leía la Biblia, y la siguiente arreglaba el jardín, y la siguiente tocaba el piano y cantaba, era espantoso, y luego sólo andaba por ahí o descansaba, siempre algo distinto. No me importaba gran cosa, yo siempre estaba fuera. Pero bueno, voy a seguir con lo del día que escogí para empezar, podría tratarse de cualquier otro, sí, para allá y para acá, en fin, basta de mi madre por ahora. Bueno, luego todo andaba sobre ruedas, sin problemas, sin pájaros encima de mí, nada estorbaba en mi camino salvo, a una distancia considerable, un caballo blanco y un niño que lo seguía, o tal vez era un enano o una mujer. Este es el único caballo completamente blanco que recuerdo, al que los alemanes llaman Schimmel creo, ah, era yo muy rápido de niño y absorbía un montón de conocimientos difíciles, Schimmel, bonita palabra para alguien que habla inglés. El sol lo cubría completamente, como antes cubría a mi madre, y parecía tener una banda roja o un lazo a un lado, a lo mejor era un cincho, tal vez el caballo iba a algún lado para que le pusieran el freno, a una trampa o algo así. Cruzó por mi camino allá a lo lejos, luego se esfumó, detrás de la hierba me imagino, lo único que noté fue la repentina aparición del caballo, luego su desaparición. Era de un color blanco muy brillante, el sol lo envolvía, nunca antes había visto un caballo así, aunque me habían platicado, y nunca volví a ver uno como aquél.

He de admitir que el blanco siempre me ha afectado profundamente, todas las cosas blancas, las sábanas, las paredes y demás, hasta las flores, y el blanco así nada más, el pensamiento de lo blanco, sin más. Pero voy a terminar el relato de ese día de una vez por todas. Todo iba perfectamente, sólo la violencia y luego este caballo blanco, cuando de pronto me puse furioso, furia enceguecedora. En realidad no sé ni por qué me entró tal rabia, estas furias repentinas hacían de mi vida algo miserable. Muchas otras cosas me enfurecían también, el dolor de garganta por ejemplo, nunca he sabido lo que se siente no tener ese dolor, pero lo peor era la rabia, como un viento inesperado que soplaba a mi alrededor, no, no puedo siquiera describirlo. No era la violencia en sí lo que empeoraba, eso no tiene nada que ver, a veces me sentía violento todo el día y no me daba rabia, a veces estaba tranquilo y me entraba la rabia cuatro o cinco veces. No, no hay modo de decirlo, no hay modo de decir nada con una mente como la que tengo, siempre alerta para ir en contra de sí misma, creo que retomaré el tema cuando me sienta menos débil. Hubo una época en que trataba de calmarme dándome golpes en la cabeza contra alguna cosa, pero al poco tiempo renuncié a ello. Lo mejor que podía hacer era correr. Por cierto, dicho sea de paso, era muy lento para caminar. No me iba quedando ni andaba de flojo, sólo caminaba muy lentamente, daba pasos cortitos y mis pies cruzaban el aire lentamente, En cambio, debo haber sido uno de los corredores más rápidos del mundo, siempre y cuando las distancias fueran cortas, cinco o seis yardas, en un segundo las recorría. Pero no podía continuar a la misma velocidad y no por problemas respiratorios, era algo mental, todo es mental, fragmentario. Y en cuanto al trote, por otro lado, me resultaba igual que volar. No, conmigo todo era lento y de pronto estos relámpagos o géiseres, hecho la raya, esta era una de mis expresiones favoritas, una y otra vez, cuando andaba por ahí decía hecho la raya. Afortunadamente, mi padre murió cuando yo era niño, porque de otro modo yo podría haberme convertido en todo un profesor, a mi padre le iba el corazón en ello. Además yo era un buen estudiante, no pensaba pero eso sí, qué memoria tenía. Un día le conté lo de la cosmología de Milton, estábamos allá arriba en la montaña descansando en una roca enorme que daba al mar, se quedó muy impresionado. El amor también, frecuentemente aparecía

en mis pensamientos cuando era niño, pero no tanto como en otros niños, esto me mantenía despierto según pude observar después. Nunca amé a nadie creo, porque me acordaría. Sólo en sueños, allí había animales, animales de sueño, no como los que se ven sueltos por ahí en el campo, no podía describirlos, eran adorables criaturas, la mayoría blancos. De alguna manera esto del amor es una pena, una buena mujer podría haber estado conmigo y ahora yo podría estar echado al sol fumando mi pipa y dándole nalgadas a la tercera generación que me miraría con respeto y admiración, preguntándome qué habría de cenar, esto en vez de vagar por los mismos caminos en todos los climas, nunca fui bueno para la tierra nueva. No, no me arrepiento de nada, sólo lamento haber nacido, siempre he pensado que morir es un asunto demasiado largo y cansado. Pero ahora voy a retomar el asunto que me ocupaba en un principio, el caballo blanco y luego la furia, no hay entre ellos ninguna relación, supongo. Pero por qué continuar con todo esto, no lo sé, algún día terminaré, por qué no ahora. Estos son pensamientos ajenos, qué cosa, vergüenza me debería de dar. Ahora estoy viejo y débil y en medio de mi dolor y debilidad murmuro por qué y me detengo, y aquellos pensamientos vienen a mí y se me meten en la voz, los viejos pensamientos que nacieron conmigo y crecieron conmigo y se mantuvieron ocultos, debe haber otros. No, de vuelta a aquel día lejano, a cualquier día lejano, y desde el tenue suelo regalado hasta sus cosas y su cielo, los ojos subían y volvían después y volvían una y otra vez, y los pies no iban a ninguna parte, sólo, de alguna manera, a casa, en la mañana salían de casa y en la tarde regresaban a casa, y el sonido de mi voz todo el día murmurando las mismas cosas viejas que no oigo, ni siquiera las que me conciernen, mi voz, como un changuito sentado en mi hombro con la cola haciéndome compañía. Bla, bla, bla, en voz alta y rasposa, con razón tenía dolor de garganta. Tal vez debería mencionar aquí que nunca hablaba con nadie, creo que la última persona con quien hablé fue mi padre. Mi madre era igual, no volvió a hablar ni a contestar desde que mi padre murió. Yo le pregunté por el dinero, no puedo mencionar aquello ahora, tal vez esas fueron las últimas palabras que le dirigí. A veces me gritaba o me rogaba algo pero sólo un momentito, sólo unos cuantos gritos; luego, si yo volteaba los pobres labios delgados se le

tensaban y su cuerpo se daba la media vuelta y sólo me miraba por el rabillo del ojo, pero era raro. De vez en cuando por la noche la escuchaba, estaba hablando sola me imagino, o rezando en voz alta, o leyendo en voz alta, o canturreando sus himnos, pobre mujer. Bueno, después del caballo y la furia, yo qué sé, seguí y seguí y luego supongo que di la vuelta lentamente dejando caer la mano izquierda o la derecha hasta vislumbrar la casa e ir rumbo a ella. Ay, mi padre y mi madre, y pensar que a lo mejor están en el paraíso, eran tan buenos. Yo debería irme al infierno, es todo lo que pido, para poder continuar maldiciéndolos ahí y que ellos bajen la vista desde arriba y me escuchen, eso sí que le quitaría un poco de resplandor a su beatitud. Sí, creo que todo el ruido que hacían acerca de la vida futura me sube los ánimos nada más pues no hay nada que aniquile una infelicidad como la mía. Estaba furioso desde luego y todavía lo estoy, pero era dócil, pasaba por dócil, qué buen chiste. No es que realmente estuviera furioso, sólo era raro, algo raro, y cada año que pasaba me hacía más raro, pocas criaturas hay tan raras como yo en la actualidad. Mi padre, ¿lo habré matado tal como lo hice con mí madre?; tal vez de alguna manera lo hice, pero no puedo hablar de ello ahora, estoy demasiado débil y viejo. Las preguntas se ponen a flotar mientras me desplazo y me dejan muy confundido, estoy a punto de decir basta. De repente están ahí, no, flotan, emergen de una profundidad muy vieja y se mecen y se quedan un rato antes de desvanecerse, preguntas que cuando yo estaba en mis cinco no habría sobrevi-vido ni un segundo, no, habrían sido aniquiladas antes de haber tenido cuerpo siquiera, aniquiladas. Venían de dos en dos a veces, una dominaba a la otra, así, ¿cómo podré continuar un día más?, es más, ¿cómo pude continuar un solo día? O, ¿habré matado a alguien? En ese tono, de lo particular a lo general digamos, estas preguntas y respuestas son bastante vacías. Las llevo a cuestas lo mejor que puedo, acelero el paso cuando vienen, muevo la cabeza de un lado al otro para arriba y para abajo, me quedo con la mirada fija y agonizante en eso y aquello haciendo de mi murmurar un grito, así me voy ayudando. Pero esto no tendría por qué ocurrir, algo anda mal, si fuera el final no me importaría gran cosa, pero cuántas veces en la vida he dicho antes de que algo grave sucediera Es el final y no era, y aun así, el final no puede estar lejos, seguro me voy a caer y me voy a

quedar tirado o enroscado esperando a la noche como de costumbre entre las rocas y antes del amanecer estaré en otro lado. Sé que yo también dejaré de ser y seré como cuando aún no era, sólo que todo entero, eso me hace feliz, frecuentemente ahora mi murmurar se quiebra y se esfuma y lloro de felicidad cuando sigo mi camino y de amor por este mundo que me ha llevado sobre sus espaldas tanto tiempo y cuya falta de quejas pronto será mía. Estaré justo bajo la superficie, todo entero al principio, luego desmembrado y a la deriva, circulando a todo lo largo de la tierra y tal vez al final una parte de mí caerá por un acantilado hacia el mar. Una tonelada de gusanos en un metro cuadrado, esto sí que es un pensamiento maravilloso, una tonelada de gusanos, ya lo creo. De dónde lo saqué, de un sueño o de un libro que leí en mi escondite cuando era niño, o de una palabra oída tras la puerta por ahí o que había estado dentro de mí todo el tiempo y se había mantenido oculta hasta el momento de brindarme alegría, estos son los horribles pensamientos con los que tengo que luchar del modo que vengo mencionando. Ahora bien, ¿qué se puede agregar respecto de este día después del caballo blanco y de la madre blanca en la ventana? Por favor lean de nuevo las descripciones que de ellos he dado antes de que yo pase a otro día, tiempo después; no hay nada que agregar antes de que me desplace en el tiempo brincándome cientos o tal vez miles de días de un modo que no podría haber utilizado en el momento en cuestión porque tenía que seguir y seguir rumbo al momento en que me encuentro ahora, no, nada, todo se ha ido menos la madre en la ventana, la violencia, la furia y la lluvia. Así que pasemos al segundo día y terminemos con él, quitémoslo del camino y pasemos al siguiente. Y he aquí que de pronto me hallé entre, y perseguido por, una familia o una manada, no lo sé, de armiños, algo verdaderamente extraordinario, creo que eran armiños. Ciertamente, si se me permite decirlo, creo que tuve la suerte de salir vivo, qué extraño decirlo, no suena bien, en fin. Cualquier otra persona habría salido mordisqueada y se habría desangrado y tal vez habría quedado blanca como un conejo, y dale con el blanco de nuevo. Sé que no se me habría ocurrido, pero de haber podido y haberlo hecho, simplemente me habría recostado y me habría dejado despedazar como lo hacen los conejos. Bien, pero voy a comenzar como siempre con la mañana y luego la

salida. Cuando un día regresa, por cualquier motivo, entonces su mañana y su tarde también están ahí, aunque en sí mismas bastante comunes y corrientes, la salida y el regreso a casa, hay algo digno de mencionarse en ello. Y de nuevo hacia la gris madrugada, muy débil y tembloroso después de una noche atroz y con pocos sueños almacenados dentro y fuera. En qué época del año, realmente no lo sé, qué importancia tiene. No estaba mojado en realidad sino chorreando, todo chorreaba, el día podía comenzar, ¿sí?, no, chorreando y chorreando todo el tiempo, sin sol, sin cambios de luz, nublado todo el día, y aun así, ni una brisita hasta la noche, luego oscuro y un poco de viento, vi unas estrellas al acercarme a casa. Mi bastón desde luego, por una misericordia de la providencia, ahí, no lo vuelvo a mencionar porque cuando no me refiero a él es porque está en mi mano, y sigo mi camino. Sin mi abrigo, sólo con la chamarra, nunca pude soportar el abrigo revoloteando entre mis piernas, o más bien un día me disgustó de pronto, me brotó un repentino disgusto. Con frecuencia cuando me arreglaba para salir lo sacaba y me lo ponía, luego me paraba al centro de la habitación sin poder moverme hasta que al fin me lo quitaba y lo colgaba de nuevo en el armario. Y acababa de bajar las escaleras y de tomar una bocanada de aire fresco, cuando el bastón se me cayó y caí de rodillas y luego de cara al suelo; algo realmente fuera de lo común y después de un ratito me puse boca arriba, nunca logré permanecer acostado boca abajo durante mucho tiempo, aunque me fascinaba; me sentía tan mal y me quedé ahí, media hora tal vez, con los brazos sobre los costados y las manos encima de las piedritas y los ojos bien abiertos vagando por el cielo. Ahora bien, ¿se trataba de mi primera experiencia de este tipo?, esa es la pregunta que le viene a uno a la cabeza de inmediato. Caídas había tenido bastantes, del tipo después del cual, a menos de haberse roto la pierna, uno se levanta y sigue su camino, maldiciendo a Dios y al hombre, muy otra cosa que en esta ocasión. Con tanta vida desperdiciada en el conocimiento, cómo saber cuándo comenzó todo, cuáles *son* las variantes que lanzan su veneno toda la vida hasta que uno sucumbe. Así pues de alguna manera las cosas viejas son las primeras, no hay dos bocanadas de aire iguales, todo es un repetir y repetir y todo es sólo una vez y nunca más. Pero voy a levantarme y a continuar y terminar con este día de una buena vez. Pero

qué sentido tiene seguir con todo esto, no hay nada. Día olvidado tras día olvidado hasta la muerte de mi madre, luego en un sitio distinto que pronto envejecerá hasta la hora de la hora. Y cuando llegue a esta noche, aquí, entre las rocas con mis dos libros y la intensa luz de las estrellas, esta noche se me habrá escapado de las manos y también el día antes, mis dos libros, el chico y el grande, o tal vez sólo quedarán momentos aquí y allá muy quietos, este pequeño sonido que no entiendo, así que mejor voy a juntar mis cosas y a regresar a mi agujero, todo es ya tan pasado que hasta se puede contar. Ya pasó, ya pasó, hay un lugar en mi corazón para todo lo que ya pasó. No, porque *pasan,* me encanta esta palabra, unas palabras han sido mis únicas amantes, y no son muchas. Frecuentemente lo he dicho todo un día, al ir por ahí, y a veces he dicho *vero,* sí, *vero*. Ay, pero por esas terribles inquietudes que siempre he tenido, debería haber vivido en una gran habitación con eco y con un reloj de péndulo grandísimo, sólo escuchando y cabeceando, con la ventanilla abierta para poder observar el balanceo, moviendo los ojos para allá y para acá, y los pesos de plomo colgando más y más abajo hasta tenerme que levantar de la silla para izarlos de nuevo, esto una vez a la semana. El tercer día fue la mirada que me echó el caminante aquél, de pronto me doy cuenta ahora, el harapiento viejo bruto se inclinó en la zanja donde se encontraba, recargándose con la espalda o lo que fuera la cosa ésa, y mirándome de reojo desde el borde de su postura floja *y* descuidada, con la boca colorada, cómo es posible, me pregunto, que me hubiera percatado de su presencia; lo que sí, es el día que vi la mirada de Balfe, entonces sí que me aterroricé como un niño. Ahora que está muerto comienzo a parecerme a él. Pero continuemos, dejemos esas viejas escenas y quedémonos en éstas, y en mi recompensa. Ya no será como ahora, día tras día, afuera, a los lados, por arriba, por atrás, adentro, como hojas que se voltean, o que cayeron por ahí arrugadas, sino un tiempo largo y de una pieza, sin antes ni después, iluminado u oscuro, desde o hacia o en el viejo conocimiento a medias del cuándo y el dónde se ha ido, y del qué, y aún así algunas cosas quietas, todas a la vez, todas en movimiento, hasta que ya no haya nada, nunca hubo nada, sólo una voz soñando y zumbando por todas partes, eso es algo, la voz que alguna vez estuvo en tu boca. Bueno, y una vez afuera en la calle

y libre de toda posesión, entonces qué, realmente no lo sé, de repente ya estaba dando golpes por ahí con mi bastón, haciendo volar a las gotitas y maldiciendo, puras malas palabras, las mismas palabras una y otra vez, ojalá y nadie me haya escuchado. Me dolía la garganta, era un tormento tragar, y sentía algo en el oído, me la pasaba apachurrándome la oreja y no sentía alivio alguno, tal vez era pura cerilla lo que me presionaba el tímpano. Extraordinariamente quieto sobre el suelo y dentro de mí todo bastante quieto, qué coincidencia, por qué me salían esas palabrotas de la boca, no lo sé, no, qué tontería, y dando golpes al aire con el bastón, qué cosa tan suave y débil me estaba poseyendo mientras luchaba por seguir adelante. Serían los armiños, no, primero voy a hundirme otra vez y a desaparecer entre los helechos, me llegaban a la cintura cuando andaba por ahí. Qué cosas tan duras son estos helechos gigantes, como almidonados, como de madera, con unos tallos terribles, le arrancan a uno el pellejo de las piernas a través de los pantalones y luego esos hoyos que esconden, rómpete la pierna si no tienes cuidado, qué espantoso lenguaje es éste, cáete y desaparece del mapa, podrías quedarte tirado ahí semanas enteras sin que nadie te escuchara, pensaba en esto muy a menudo allá arriba en la montaña, no, qué tontería, sólo seguí mi camino, el cuerpo hacía todo de su parte sin mí.

Ningún signo de vida por ningún lado, dices, caray, y qué tiene, la imaginación no ha muerto aún, sí, qué cosa, la imaginación muerta, imagínate. Islas, mares, azul celeste, verdes, un chispazo y desaparecen, infinitamente, se omiten. Hasta que un blanco en la blancura hace la rotonda. No hay puerta, entra, mide. Tres pies de diámetro, tres pies del piso al techo de la cripta. Dos diámetros en los ángulos precisos AB CD dividen el suelo blanco en dos semicírculos ACB BDA. Tirados en el suelo, dos cuerpos blancos, cada uno en su semicírculo. Blancos son la cripta y el muro redondo, de dieciocho pulgadas de alto, del cual emerge. Salte de nuevo, qué rotonda tan lisa, todo blanco en la blancura, entra una vez más, toca, un sonido sólido a todo lo largo, un anillo como en la imaginación el anillo de hueso. La luz hace de todo lo blanco una fuente invisible, todo brilla con el mismo brillo blanco, el suelo, el muro, la cripta, los cuerpos, sin sombra. Qué calor, las superficies están hirviendo pero no queman al tocarlas, los cuerpos sudan. Salte de nuevo, hazte para atrás, la delgada cortina se esfuma, se levanta, se esfuma, todo blanco en la blancura, cae, entra una vez más. Vacío, silencio, calor, blancura, espera, la luz se vuelve tenue, todo se oscurece al mismo tiempo, el suelo, el muro, la cripta, los cuerpos, digamos en unos veinte minutos, todos los grises, se va la luz, todo se esfuma. Al mismo tiempo la temperatura baja hasta alcanzar su mínimo, digamos su punto de congelación, en el mismo instante en que se instala el negro, lo que parecerá extraño. Espera; más o menos largos, el calor y la luz vuelven, todo se hace blanco y caliente a la vez, el suelo, el muro, la cripta, los cuerpos, digamos en unos veinte segundos, todos los grises, hasta alcanzar el nivel inicial en que comenzó la caída. Más o menos larga, ya que puede intervenir, la experiencia muestra, entre el final de la caída y el comienzo del ascenso, pausas de amplitud variable, desde la fracción de segundo hasta lo que podría parecer, en otros tiempos, en otros lugares, una eternidad. El mismo comentario respecto de la otra pausa, entre el final del ascenso y el principio de la caída. Los extremos, mientras duran, son perfectamente estables, lo cual en el caso de la temperatura podría parecer extraño, al principio. Es posible también, la experien-

cia lo demuestra, que el ascenso y la caída se detengan en cualquier punto y marquen una pausa, más o menos larga, antes de reanudarse o de revertirse, el ascenso ahora caída, la caída ascenso, que a su debido tiempo se completarán o se detendrán y marcarán una pausa, más o menos larga, antes de reanudarse o de revertirse de nuevo, y así sucesivamente hasta que al fin se alcance uno de los extremos. Dichas variaciones de ascenso y caída, combinándose en incontables ritmos, por lo común asisten al paso de blanco y caliente a negro y frío, y viceversa. Sólo los extremos son estables y esto se nota en la vibración que se observa cuando ocurre una pausa en alguna etapa intermedia, sin importar su nivel y duración. Entonces todo vibra, el suelo, el muro, la cripta, los cuerpos, ligeros o pesados o las dos cosas, da lo mismo. Pero en conjunto, la experiencia muestra que dicho paso incierto es algo fuera de lo común. Y con mayor frecuencia, cuando la luz comienza a fallar y con ella el calor, el movimiento continúa ileso hasta que, en un periodo de unos veinte segundos, el negro agudo se instala y, en el mismo instante, digamos que también se instala el punto de congelación. La misma afirmación vale para el movimiento al revés, hacia el calor y la blancura. Lo que sigue en cuanto a frecuencia es la caída o ascenso con sus pausas de extensión variable en estos grises febriles sin que el movimiento se revierta nunca. Pero no obstante las inherentes incertidumbres, el regreso tarde o temprano a una calma temporal, parece ser seguro, por el momento al menos, en la oscuridad negra o en la gran blancura, con una temperatura atenta, y el mundo es la evidencia en contra del tumulto constante. Al descubrirse esto después de, digamos, una ausencia en vacíos perfectos, ya nada es exactamente lo mismo, desde este punto de vista, pero no hay otro. En el exterior, todo está como siempre y el descubrimiento de la delgada cortina es como producto del azar, su blancura sumergida en la blancura circundante. Entra y verás que hay momentos de calma chicha más breves y nunca la misma tormenta. La luz y el calor permanecen ligados como si hubieran emergido de la misma fuente, de la cual no hay todavía ni el menor indicio. Quieto en el suelo, doblado en tres, con la cabeza contra el muro en B, el culo contra el muro en A, las rodillas contra el muro entre C y A, es decir, inscritas en el semicírculo ACB, sumergido en el piso blanco salvo por el cabello largo de una blancura

extrañamente imperfecta, finalmente, el blanco cuerpo de una mujer. Similarmente inscrito en el otro semicírculo, con la cabeza contra el muro en A, el culo en B, las rodillas entre A y D, los pies entre D y B, el compañero. Ambos, por lo tanto, están sobre su costado derecho, espalda con espalda, con la cabeza y el culo pegados. Coloca un espejo frente a sus labios, se esfuma. Con la mano izquierda toman su pierna izquierda un poquito más abajo de la rodilla, y con la mano derecha su brazo izquierdo un poquito más arriba del codo. Bajo esta luz tan agitada, cuya calma blanca resulta ahora tan rara y breve, la inspección no es nada fácil. Haciendo a un lado el sudor y el espejo, bien pasarían por seres inanimados salvo por sus ojos izquierdos que a intervalos incalculables repentinamente se abren y miran afocando, sin el menor parpadeo, mucho más allá de lo humanamente posible. Azul pálido penetrante; el efecto es sorprendente, al principio. Las miradas no coinciden más que en una ocasión, cuando el comienzo de una queda sobrepuesto al final de la otra por espacio de unos diez segundos. Ni gruesos ni delgados, ni grandes ni pequeños, los cuerpos parecen enteros y en buenas condiciones, si juzgamos por las superficies expuestas a simple vista. Los rostros, si se toman en cuenta los dos lados de una pieza cualquiera, tampoco parecen requerir nada esencial. Entre su absoluta quietud y la luz convulsiva el contraste es sorprendente, al principio, para aquel que aún recuerda haber sido sorprendido por lo contrario. Resulta claro, sin embargo, debido a miles de pequeños signos demasiado largos para imaginarlos, que no están dormidos. Sólo murmuran, ah, nada más, en este silencio, y en el mismo instante, para el ojo de rapiña, el estremecimiento infinitesimal instantáneamente se suprime. Déjalos ahí, sudando frío, hay cosas mejores en otra parte. No, la vida termina y no, no hay nada en otra parte, y no cabe duda ahora de que no se volverá a encontrar aquella mancha blanca perdida en la blancura, para ver si aún están acostados, muy quietos en la tensión de la tormenta o del huracán, o en la negra oscuridad para siempre; tal vez la gran blancura es invariable y, sí no es así, quién sabe qué están haciendo.[1]

[1]Cuentos tomados de *Collected Shorter Prose*, Grove Press Inc., Nueva York, 1974.

CRONOLOGÍA LITERARIA

NARRATIVA

1934 *Más punzadas que golpes*
1938 *Murphy*
1942-44 *Qué* (publicada en 1953)
1946 *Mercier y Camier*
1951-53 Trilogía originalmente escrita en francés y traducida por Beckett al inglés:
Molloy
Malone muere
El innombrable
1955 *Novelas y textos para nada*
1945-66 *El cuchillo de No: selección de textos cortos en prosa*
1961 *Cómo es*
1967 *Cabezasmuertas*

TEATRO

1952-54 *Esperando a Godoy*
1957-58 *Final del juego*
Acto sin palabras
Todo lo que cae (en *La última cinta de Krappy otras piezas dramáticas;* obra en un acto paran radio)
1959 *Pavesas* (para radio)
1961-63 *Días felices*
1964-66 *Comedia* (en *Comedia y actos diversos)*
1964 *Palabras y música* (para radio: música y voces)
Cascando (para radio: música y voces)
1966-67 *Va y viene*
Oye, Joe (guión para televisión)
Film (guión de cine)

POESÍA

1930 *Prostituróscopo*
1935 *Los huesos del eco*
1961 *Poemas en inglés*

ENSAYO

1929 *Dante… Bruno. Vico… Joyce.* (en *Nuestro examen alrededor de su falsificación)*
1931 *Proust*
1965 *Proust: Tres diálogos*